

Arte, amor y todo lo demás

Un museo gris, sin Gris

Vaya por delante que esto no pretende ser una crítica constructiva. A grandes rasgos esto es sencillamente un ligero esbozo peculiar de prensa canallasca. Resumir en breves líneas todos los errores y horrores que encierra el recién inaugurado y diz que enfáticamente llamado Museo de Arte Español Contemporáneo sería una labor muy ardua. Baste con decir que eso negro y alto, bloqueado entre autopistas y rodeado de escuálido césped que se levanta en la Ciudad Universitaria es a medias un engendro y un batiburrillo, un cajón de sastre y el fruto de una rara limpieza de trastiendas. Uno comprende que la tesorería del Museo no esté boyante y haya comprado sin convicción, tarde y mal; uno admite que el Museo acepte todo cuanto se le regala; uno sabe por otra parte que no hay más cera que la que arde. Lo que no se puede admitir es que la obra de nuestros pintores esté colgada sin el más mínimo concepto didáctico, que todo sea confuso, mediocre y apelmazado; que la categoría de nuestros artistas no se vea ni proporcionada ni bien representada, ni valorada con un mínimo rigor de evaluación estética; que junto a ausencias clamorosas haya pintores mediocres, consumiendo toda una pared y que otros importantísimos se vean despachados con una cosita; que un llamado pintor que literalmente comenzó a pintar el año pasado posea un panel y que no se encuentre un Juan Gris, un Palazuelo, etc., etc., etc. ¿Qué pasa, que el Museo es pobre? Entonces, oiga, que no lo abran ni se levante un edificio tan pretencioso para ofrecer el triste espectáculo del parto de los montes. ¿Qué pasa, que el responsable de todo esto no entiende nada? Entonces que lo cesen. Lo que no se puede es ofrecer al público, aunque sea al precio de cincuenta pesetas, niños y soldados sin graduación gratis, es esta muestra atiborrada, menesterosa y sin orden y concierto del arte contemporáneo español. Supongo que alguien como siempre, habrá dicho ya que este es el mejor museo de Europa en su género. Usted no haga caso, riase las tripas y ya está. ■

La inútil vendimia

No tenemos remedio. Uno creía que en cuanto pasaran los tiempos imperiales, los boniatos y las montañas nevadas se acabarían las justas literarias de las fiestas de la Vendimia. Que muertos Ju-

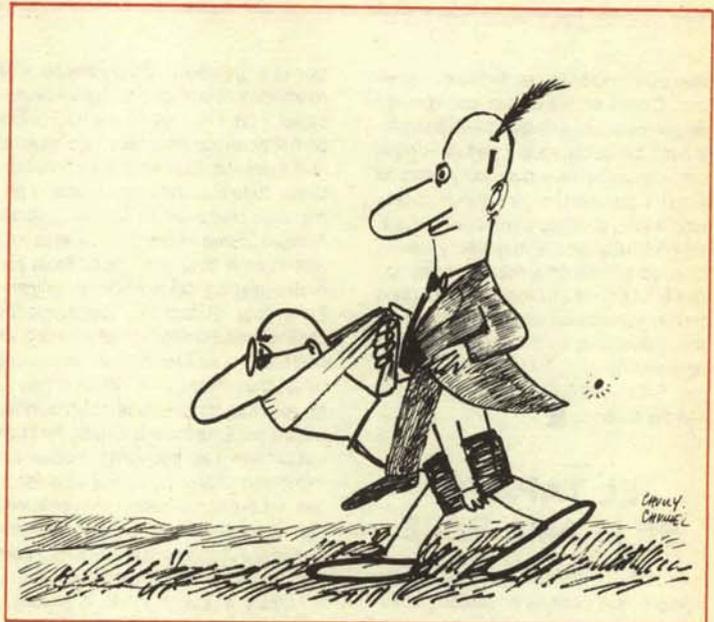
lián Pemartin, y Agustín de Foxá, y Xandro Valerio y que amortizados Quintero, León y Quiroga por el destape de la Rocío Jurado, no habría quien cogiera la pluma para hacer el romance de la paloma totalitaria que llegó a beber vino de Montilla y se volvió loca de grandeza de la raza y el madrigal estúpido y forzado a la Domecq reina de la fiesta que acabará casándose con un secretario de Embajada y mostrándonos su casa, sus perros y sus rubios niños desde las páginas del «Telva». Pero los poetas de vena servil no han muerto y ya han visto lo que le ha pasado a Rocío Jurado por su mala cabeza y su bellísima espalda destapada, que está en un hospital y tiene a Pedro Carrascoliado a puñetazos con una rarísima dolencia gástrica.

Cuando aquellos poetas de los años cincuenta leían a Camus en la Universidad uno nunca podía pensar que acabarían haciendo versos de la fiesta de la vendimia. Pero así ha sido. Las fiestas de la Vendimia las siguen ganando ya unos poetas que no han ido a la División Azul, sino a los campos de trabajo del SUT y a los cine-forums sobre René Clair. Han estado en la Universidad en nuestros años, han leído los mismos comunes libros, han sufrido iguales frustraciones... Bueno, pues a pesar de eso, van y se descuelgan con una colección de bellísimos e inútiles sonetos (en los que nunca se pone el sol) al vino fino y al amontillado. Claro que para meter diez mil duros en su cuenta corriente tienen que hacer un viaje, vestirse con un esmoquin alquilado, posar entre los maceros municipales, hacer un ridículo rendiví a la reina de la fiesta para recoger la flor natural y el sobre con la tela marinera.

En los coletazos (de ballena) de este verano increíble hay poetas para los que no pasa más que un rayo de sol entre los racimos de la viña. Versos para los Rumasas, para los Domecq, para los Paterinas. Sonetos para el Viña Ardanza y para las Bodegas Franco-Españolas.

Mientras, noventa mil españoles se tienen que ir a trabajar a otra Vendimia, sin versos y sin niñas olorosas de jabón vestidas de blanco y largo, a Francia. Mientras, en la Mancha no saben qué hacer con el vino que van a coger este año. Mientras, seguimos importando azúcar a precio de oro y dejando morir a la remolacha de pena y de sentimientos. Mientras, todos nos podremos resbalar y hasta partimos la crisma con el aceite que nos va a sobrar hasta por las orejas, más que suficiente para alfiñar la inmensa ensalada de la economía patria y la aflicción que forman tocando a muerto el paro y la inflación.

Poetas de España: ¿no hay quien haga un soneto de todo esto? ¿No lo premiarían en las justas literarias de unas fiestas de la vendimia? ¿O tendría que irse



ese oscuro autor, como José Pérez, de Algodonales (Cádiz), o como Jacinto García, de Azuaga (Badajoz), que irse a trabajar a la Vendimia de Francia? La Vendimia de España está hecha de inútiles versos y de niñas guapas nacidas entre las páginas del «Telva». La Vendimia de España está hecha también de sudores de la Vendimia de Francia, sin versos y sin reinas por una noche de señoritos. ■ ANTONIO BURGOS.

ciones por si un periodista quiere una opinión, no sólo hay que estar informado de cómo funcionan los intereses concretos de cada festival, con una atención especial a las altas finanzas, a la política exterior, a las matemáticas exactas y a la riqueza gastronómica, sino que, además, hay que estar dispuesto a sufrir los pateos de un público nervioso que ni siquiera llega a conocer con exactitud la identidad del jurado.

El jurado pasa sin pena ni gloria, sin que nunca se le recuerde en la historia de un festival. Y él, sin embargo, hace lo posible, con su firma en el acta, que el festival continúe. Miseria y tristeza de un cargo honorífico que no aporta gloria ni honor a quien lo realiza; sólo quebraderos de cabeza, pateos y anonimato.

Este año, los jurados del festival de San Sebastián han tenido doble trabajo. Ya no sólo estar al tanto de las cuestiones reseñadas

San Sebastián: diez en conducta

Cada día se hace más difícil ser jurado cinematográfico. No sólo hay que estar atento a las proyec-

más arriba sino que han tenido que informarse de la conducta particular de los invitados. Quién va al festival, quién no, por qué lo hace... En este sentido, también los cronistas de periódicos han tenido su ajetreo. En una clara intrusión profesional, han prestado más atención a la lista del servicio de recepción de invitados que a la obra que estos presentaban a concurso. Un pluriempleo abrumador.

Pero si había algún error en sus informaciones, alguna deficiencia o algo similar, el jurado cumplió para la historia el oficio de buena conducta ajena. Un palmarés admirable de equilibrio y prudencia. La presentación de «Furtivos», esa obra maestra de Borau que tuvo enormes problemas de censura, distribución y de festivales internacionales, solucionó una papeleta compleja. ¿Y el resto?

Hasta Maximilian Schell, obtuvo su Concha, granjeado con sim-

patía y declaraciones por las calles donostiarra. La película no importa demasiado. Su sonrisa de famoso, en cambio, no tiene precio... Espléndidas casualidades: directores premiados, los viajeros.

Ser jurado no es tarea fácil y hay que admirar realmente a tanto ser que pasará anónimamente a la historia del festival. ■
D. GALAN.

La Corte de Faraón

En este país estamos pegando unos saltos mortales. Un día nos vamos a dar. Saltos hacia atrás, claro, que es como se dan los saltos mortales, si ustedes han ido al circo. Lo retro, lo camp, lo kitchst, los felices cuarenta y aho-

ra «La Corte de Faraón», que es de 1910. Cada vez que hay apertura cultural pegamos un empujón para atrás, reculamos como un pablorrromero mal encastado y nos ponemos en Cánovas, en Sagasta, en el Imperio, en el último cuplé o en «La Corte de Faraón».

La obra triunfa o ha triunfado en el Lara de Madrid. Tiene 65 años. Es una vieja verde. Toda España canta ya «La Corte de Faraón». ¿Es España una vieja verde? Coquetea con los americanos, con los rusos, con los mercados comunitarios de Bruselas, pero no. Verde no es. ¿Azul? Psch. Dejémoslo en «un incoloro casi verde», que decía Juan Ramón cuando tenía la tarde inspirada y un lírico dolor de cabeza. Un incoloro casi azul. Eso es España. «Cuando te miro al cogote / y al nacimiento del pelo / se me sube, se me sube / y se me baja / la sangre por todo el cuerpo». Pero a usted qué se le va a subir, señora, a esas edades. Us-

ted es una democracia orgánica y a las democracias orgánicas no se les sube ni se les baja nada. A las otras democracias sí, porque no tienen vergüenza.

—Perdón, pero lo cantan en la obra.

«La Corte de Faraón». ¿Es España «La Corte de Faraón»? El personal, en el Lara, corea o coreaba eso de que se le sube, se le sube y se le baja. Menos mal que detrás del Faraón viene o ha venido la resistible ascensión de Brecht y Cela, en la programación del Lara. ¿No dicen los rojos que ahora sólo se autoriza pornografía, para tener distraído al personal? Pues toma Brecht, o sea un agente de Moscú. ¿Hay apertura o no hay apertura? Entonces, macho, de qué la pías.

En esta jimkana del salto atrás no tenemos más que un obstáculo: el siglo de las Luces. Salvado

del fichero de un crítico ortodoxo

TEATRO

«JESUCRISTO LIBERTADOR», de Pablo Villamar.—Espectáculo didáctico que recoge las enseñanzas del padre Ripalda con una coreografía moderna y distinguida, con un mimo lleno de imaginación y esplendor y con una mezcla hispánica que da realce, fresca y sentido penetrante a este texto eterno y bienvenido que demuestra cómo los maníacos de las tradiciones extranjeras deben empezar por conocer a los autores nacionales. Consuma productos españoles.

«LOS CHICOS DE LA BANDA», de Mart Crowley.—Comedia «fuerte» y excesiva para nuestros escenarios con un útil mensaje: los maricas son todos desgraciados a diferencia de los heterosexuales que estamos cada día más contentos con nuestras señoras legítimas y respectivas. La moraleja final de esta comedia inglesa viene sintetizada por uno de esos seres que va a arrepentirse a misa; ejemplo vivo para esa juventud descarriada que cada día más inquieta, trastoca los valores tradicionales.

«UNA VEZ AL AÑO», de Bernard Slade.—La actriz Irene Gutiérrez Caba ha olvidado felizmente aquellas tentaciones horribles de hacer obras del llamado Harold Pinter y ha vuelto a su teatro

de siempre, que tanto complace a las señoras... y a los caballeros. Aunque alta de tono, esta deliciosa comedia es un prodigio de «savoir faire». Habría, sin embargo, que «cepillarla» un poco: es excesivo el cálculo que hace el actor cuando dice que en veinticinco encuentros ha practicado más de cien veces el amor con su pareja.

«TERROR Y MISERIAS DEL TERCER REICH», de Bertolt Brecht.—Ha vuelto a los escenarios de Madrid este horripilante texto escrito por el retorcido judío Bertold Brecht por el que se nos quiere demostrar que, bajo la égida de Hitler, los alemanes no eran felices. La estupidez histórica que supone este enunciado viene, además, condicionada por el sistema de trabajo de los niños del TEI que adoran al ruso Stanislavski.

«LA CORTE DE FARAON». Espectáculo intolerable por su inmoralidad que algún enano infiltró en 1910 y que ahora se ha reestrenado. El texto es picaro, verdozo y atrevido y debía haber continuado oculto por decisión de la censura. Mucho más cuando algunas actrices —como las tres viudas— se contonean en exceso pudiendo alterar el sano equilibrio de algún joven espectador mal informado. Puestos a desenterrar textos españoles antiguos (lo cual es muy loable), ¿por qué no una adaptación musical de «El divino impaciente»?

CINE

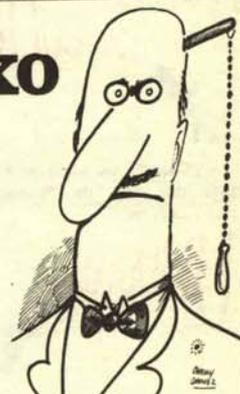
MADRID

«CLARA ES EL PRECIO», de Vicente Aranda.—En esta película se demuestra cómo el famoso Luis Buñuel puede ser superado por un español auténtico y con talento. La señorita Amparo Muñoz es como «Belle de Jour», pero en catalana y con acento andaluz, y la historia tampoco aquí se entiende mucho pero hay que aceptar que estos problemas modernos que a veces nos ofrece el cine (una casada virgen que se dedica a la pornografía mientras su marido comete adulterio aprovechando un patinete de playa) tengan que tener confusiones y oscuridades debido a la infiltración del psicoanálisis.

«MALIZIA», de Salvatore Samperi.—En cambio, hay que rechazar plenamente esta «italianada» que, aunque con bellos momentos cinematográficos, es producto de una aberración mental total: no existen jovencitos de catorce o quince años que tengan las obsesiones sexuales del protagonista de esta película. A esa edad los jóvenes son sanos e ingenuos, y si los italianos son prodigios, que se guarden sus exhibicionismos. Aquí no necesitamos «demostraciones». ¿Por qué se ha aprobado ahora esta película que estaba prohibida y bien prohibida?

«EL FANTASMA DE LA LIBERTAD», de Luis Buñuel.—Incomprensible e insoportable película que pretende nada menos que excitar la imaginación del espectador invitándole a una liberalización total de sus esquemas mentales y de sus represiones morales. El señor Buñuel (de conocida tendencia anarquista) lleva su «estética» (?) cinematográfica al máximo de lo tolerable; aquí ya no respeta nada y le da lo mismo ironizar sobre nuestra Historia (el patriótico y ejemplar grito de «¡Vivan las caenas!») que sobre la vida contemporánea. La película, por otra parte, supone una brutal tomadura de pelo ya que ninguna de las varias historias que aquí se narran tienen la menor lógica ni cohesión. Algo parecido a lo que ya hiciera este torpe director cinematográfico (aclamado papatescamente por la crítica de todo el mundo) en su famoso cortometraje «Un perro andaluz».

«LOS PASAJEROS», de J. A. Barrero.—Primera película de un joven español que se robustece con la presencia estelar de Aurora Bautista y Paul Naschy, en el cenit de su reconocido talento creativo. La película tiene mensaje: la libertad. Pero no hay simpleza, sino que se representa en la cinta desde el pueblo llano (dos autoestopistas que tienen smoking y una prostituta con aires monárquicos) y la clase media (un torero vestido de torero) a la clase dirigente (vestida de Rey Lear, Felipe II o Ab-



derrarán III y recitando Shakespeare). Conviene resaltar la impresionante escena en la que la señora Bautista se debate con un camión en una habitación vacía, plena de ira, aunque interpretativamente contenida en una lección de sabiduría artística, común en general al resto de la cinta.

BARCELONA

«PRIMERA PLANA», de Billy Wilder.—El desquiciamiento de nuestra época ha llegado incluso a un país tan ortodoxo y contenido como los Estados Unidos. En lugar de narrar heroicas hazañas de personajes legendarios o de comentar con gracejo las incidencias de un feliz matrimonio de la clase media, en esta película se nos quiere hacer una crónica negra de la prensa hablando de su inmoralidad y sus ocultos intereses. La barbarie de este enunciado se comprende rápidamente si se tiene en cuenta que el señor Wilder es un vienes huido a los Estados Unidos cuando en 1933 Hitler subió al poder.